



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

El Padre Damián biografía de Hilde Eynikel (2)

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (2)

Capítulo II. ENTRADA EN LA CONGREGACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES 1859-1863 (Continuación).....	3
Capítulo III: PARTIDA PRECIPITADA PARA HAWAII 1863 - 1864.....	7
Capítulo IV: ORDENACIÓN EN HONOLULU 1864	18

EL PADRE DAMIÁN Hilde Eynikel

Capítulo II. ENTRADA EN LA CONGREGACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES 1859-1863 (Continuación)

HILDE EYNIKEL II [Pg. libro 37]

El 7 de octubre 1861, una nube de incienso y de cera fundida flotaba bajo las bóvedas de la iglesia conventual de Nuestra Señora de la Paz, al lado del cementerio de los decapitados calle de Picpus de París. Una luz tamizada descendía sobre el catafalco colocado en la nave central ante el altar y recubierto de un gran paño negro bordado con una cruz dorada. Damián se estremeció ante la idea de tumbarse bajo este símbolo de la muerte, para renunciar definitivamente a su vida anterior, al pasado, a su familia, a Tremelo. Con una voz clara repitió los votos que le ligarían para siempre a una vida de obediencia, de pobreza y de castidad. Ahora era miembro por entero de la congregación, pero para alcanzar la clase de sacerdote, debía aún superar sus exámenes de ontología, de lógica y de filosofía.

Los miércoles por la tarde los estudiantes podían salir de paseo. Damián, que estaba fascinado por la gran ciudad, visitó las Tulleries, vio al Louvre y el Arc de Triomphe, rezó en Notre-Dame y en la Sainte-Chapelle, pero lo que prefería este joven que no era un hombre de ciudad y encontraba París melancólico, eran los paseos por el bosque de Boulogne. Estas salidas perdieron sin embargo todo atractivo para él el día en que un millar de obreros transformaron el bosque en espacio de trabajo preparando cascadas, canales y estanques, y ensanchando los senderos para permitir el paso rápido de las calesas y cabriolés. De un día para otro, los estudiantes tuvieron que quedarse de lado para dejar pasar los coches, los jinetes, señores y damas en atuendo "deportivo". Damián no podía evitar la mirada provocadora de las "pequeñas horizontales", que provocaban al cliente y hacían gestos. Esa tarde Damián participó en una ceremonia destinada a los soldados: el obispo de Tahiti bendijo a estos hombres que iban hacia la muerte. El prelado les habló después de los misioneros que trabajaban en ese archipiélago. Nuestro joven que hasta entonces soñaba con una carrera de enseñante y

calificaba de "inmensa" la distancia entre Louvain y Paris, empezó a soñar con Tahiti. Esperaba que Mons. Jausen le designara para trabajar allí.

La ocasión de interceder por su causa se le ofreció en 1861. Habiendo terminado su noviciado en París, volvió a Louvain en compañía de Mons. Jausen y del superior general de la congregación, Euthyme Rouchouze, que debía consagrar allí la capilla del convento. Le propuso partir para Tahiti, pero el obispo insistió en que se inscribiera en la universidad, porque su lejana diócesis tenía necesidad de sacerdotes. Decepcionado, pero obediente, Damián emprendió sus estudios. Entonces compartía la celda con su hermano Pánfilo, que se extrañaba del espíritu de mortificación exagerado de su hermano que dormía regularmente en el mismo suelo; es posible que Damián hubiera adoptado esta solución en razón de sus males de espalda.

Cuando Frans - su padre - se enteró de que su benjamín había vuelto al país, partió de inmediato para Lovaina. Su alegría se transformó en desconcierto ante el sermón que le sirvió su hijo: el seminarista se mostró en términos contra su padre recordándole que se aproximaba la muerte, que debía retirarse y concentrarse sobre la vida espiritual confesarse y comulgar más a menudo. Al no reconocer más a su pequeño Jef en este joven pedante, el Padre volvió a su casa desconcertado. Desde el otoño, Damián pudo constatar el carácter progresista de la universidad de Louvain. La facultad de teología estaba entonces en conflicto abierto con el Papa conservador Pío IX que, en su encíclica *Jam dudum cernimus*, hacía a los adeptos a un catolicismo liberal responsables del ataque de los Estados pontificios por los partidarios de la unión italiana. El soberano pontífice calificaba de peligrosa la revisión de la doctrina católica a la luz de los nuevos descubrimientos científicos: el progreso no podía venir más que de la Providencia. La facultad lovanista estimaba, al contrario, que la ciencia sostenía la investigación del conocimiento de Dios y la comprensión de las verdades morales: el estudio y la investigación eran necesarias. El debate alcanzó una amplitud que el Papa pidió que se suspendiera la polémica hasta tanto que él se hubiera pronunciado al respecto.

En el momento en que esta disputa alcanzó su punto culminante, Damián siguió el programa llamado "cursus minor", enseñado por profesores de tendencia liberal. Además de este horario cargado, se inscribió en los cursos dados por Casimir Ubags, un defensor de la separación de la Iglesia y del Estado que, en el verano 1862, fue obligado por el Vaticano a retirarse anticipadamente.

Este verano, Damián cometió un acto de heroísmo del que más tarde se gloriará, pero que, según el parecer de Wenceslas Vincke, era demasiado arriesgado. Un constructor había sido encargado de derrumbar casas contiguas al convento. Cierta día, el contraamaestre rehusó derribar una chimenea inclinada. Mientras el superior discutía sobre el contrato con el constructor, Damián se alejó, para volver más tarde con un martillo y una escalera. Colocó ésta contra la chimenea, pidió a un amigo que la sujetara y se puso a subir los escalones. Cuando hubo llegado a la mitad de la altura su

superior le ordenó que descendiera inmediatamente. Damián pareciendo que no oía o no oyendo de verdad la orden que se le daba; había llegado a la parte superior del edificio, y se puso a golpear la parte superior del edificio, descendiendo escalón a escalón sin pararse hasta que hubo reducido a ruinas la construcción oscilante. Aplaudieron todos los espectadores. "Dios santo, qué hombre" exclamaron los padres franceses, pero Wenceslas creyó que este cabezón de Damián había desobedecido. Como había pronunciado sus votos perpetuos, no era ya cuestión de enviarlo a su casa, pero era necesario velar por someterlo. En octubre 1862, Damián comenzó los cursos de la schola mayor, la universidad verdadera. Tenía una admiración incondicional por el profesor Johannes Beelen, que daba cursos de hebreo y era uno de los jefes de fila de los "semitradicionalistas", término prudente con el que se designaba en Louvain a los progresistas. El único profesor de tendencia conservadora enseñaba, entre otras materias, el derecho matrimonial; era firmemente opuesto a los matrimonios mixtos y creía que los católicos y creía que los católicos debían desposarse con correligionarios.

Todos los profesores apreciaban las preguntas juiciosas de Damián y le predecían un feliz porvenir de profesor. Por primera vez en la vida, no era considerado como un idiota, razón por la que se sentía siempre incapaz, lo que no cesaron de hacer notar sus superiores, que apreciaban cada vez más su abnegación.

Otro suceso encantó a Wenceslas: no solo Damián y Pánfilo sino toda la familia de Veuster se habían afiliado a la Asociación de la adoración perpetua del Santísimo. Sacramento el Altar, un grupo piadoso que gozaba de todos los favores del superior. Los de Veuster no faltaban a una sola de las reuniones, porque ellas les permitían, una vez al mes, ver a sus dos hijos durante la asamblea de oraciones y el frugal desayuno que la seguía. Era también la ocasión para Damián de constatar la tensión que reinaba entre sus padres. Su carta de felicitación por año nuevo - como siempre bastante rimbombante - traiciona sus preocupaciones: "... ruego al cielo [...] que gocéis de una salud perfecta acompañada de una paz del corazón que nada pueda turbar, que os améis con una caridad y amor tales que después de Dios todos vuestros deseos no tiendan más que a amaros los unos a los otros y a hacer reinar la unión más perfecta entre los miembros de la familia; que Él os dé en fin un pleno éxito en vuestros asuntos temporales y sobretodo en vuestros asuntos eternos".

Pánfilo que había terminado los estudios, fue ordenado sacerdote el 1 de marzo, en presencia de toda su familia y de sus amigos. Después del oficio Wenceslas ofreció una pequeña recepción. Estimando que debía hacer algún gesto, Damián pensó en los escapularios de los que el convento tenía una abundante provisión. Los miembros de su familia podrían llevarlo sobre el corazón, como recuerdo de este día. El superior autorizó a Damián a distribuirlos. Con una amplia sonrisa, el futuro sacerdote puso al cuello de los suyos uno de estos objetos de devoción y enrojeció de orgullo cuando, uno tras otro los miembros de la familia doblaron la cabeza mientras Wenceslas bendecía los trozos de paño.

Por su parte, el superior tenía un regalo para los hermanos de Damián para los hermanos de Veuster; les permitió ir a su casa y si Cato obtenía el acuerdo del párroco, Pánfilo podría decir la misa en la iglesia de Tremelo.

Resplandeciente, Cato se fue a la curia para arreglar el asunto de su vuelta a la aldea. Ese día sería un punto culminante de su vida. Pánfilo celebró la misa sin entrecortarse. Hizo un largo sermón entremezclado de palabras latinas y francesas Cato estaba orgullosa de tener un hijo tan sabio. En Ninde, la mesa colocada como para la kermese, con tartas, pasteles, ginebra y cerveza, se quedó vacía en un segundo. Pánfilo se instaló entonces ceremoniosamente en el sillón, que una vez más fue en su busca a casa del tío Jacob, y su padre insistió en que leyese el sermón minuciosamente preparado. Cato escuchó orgullosamente aquel monólogo esmaltado de largas citas en lenguas extranjeras, hasta que se dio cuenta de que toda la asistencia se aburría. Sin embargo esta fiesta fue el momento de gloria de que tenía necesidad, porque, algunos meses más tarde perdería para siempre a su hijo querido.

Pánfilo debería partir para las islas Sandwich en compañía de Chrétien Willemsen, que continuaría su ruta hasta Tahiti, con dos hermanos aún no ordenados Clément Evrard y Lievin van Heteren.. Sabían pocas cosas sobre su destino; el único documento de que disponían sobre Hawaii era un folleto del padre Frézal Tardieu, que, seis años antes, había incitado a Pánfilo a entrar en la congregación de Picpus.

Habría deseado tanto Damián poder irse con ellos. En cuanto disponía de un momento de libertad, nuestro novicio iba a prosternarse en la tribuna de la capilla de la comunidad ante un estor que representaba a Francisco -Xavier, el apóstol de la India, a quien consideraba como un modelo de perfecto misionero. El maestro de novicios le había preguntado sobre esta costumbre suya. Damián reconoció que "pedía por intercesión de San Francisco Xavier la gracia de ser un día enviado en misión. Hago mortificación y penitencia, como lo exige la Regla. Quiero hacer más las virtudes de Francisco-Xavier". Damián poseía el fuego sagrado; en sus cartas a sus padres no cesa de aconsejarles la práctica de una vida rigurosamente cristiana. El último verano que Pánfilo debía pasar en Bélgica fue agitado. Los ultramontanos presionaban sobre uno de los profesores preferidos de los de Veuster. En agosto 1863, se celebraron congresos católicos en Malinas por iniciativa de otro habitual del convento lovanista de Picpus. El conde de Montalembert, un colaborador de Lamennais vino allí a defender la tesis de la separación de la Iglesia y del Estado. Los católicos conservadores estaban furiosos, los picpucianos de Louvain gozosos.

Fue en Malinas, sede del arzobispado, donde Damián recibió el 19 de setiembre 1863, las órdenes menores que preparaban al sacerdocio. Fue elevado al rango de acólito y recibió la tonsura.

Algunas semanas más tarde comenzó su tercer año de universidad. Algunos días antes de la partida,. Pánfilo cayó enfermo; tenía fiebre, vomitaba, sufría de diarrea. Temiendo una clase de tifus, el médico le declaró inepto para el viaje.

Capítulo III

PARTIDA PRECIPITADA PARA HAWAII 1863 - 1864

Los pensamientos de Damián se embalsaban: si Pánfilo no podía partir, quedaba libre una plaza. Aún le faltaban dos años de universidad, pero ya era miembro por entero de la congregación. Por otro lado, Clément y Liévin, aunque más avanzados en sus estudios, no estaban ordenados, tampoco ellos, y Hawaii tenía necesidad de trabajadores. Damián podía tomar la plaza de Pánfilo.

Expuso ese pensamiento a su superior Wenceslas, que lo rehusó categóricamente. El joven estudiante no estaba preparado para partir, todavía tenía las orejas mojadas; además, quería llegar a ser profesor. Ya no era cuestión de proceder a un cambio.

Damián no se dejó descorazonar. La Regla prescribía la obediencia a los superiores, pero el superior general de la congregación estaba por encima del prefecto de Louvain. Nada le impedía, pues, reiterar su proposición al padre Rouchoze.

Damián empleó un argumento decisivo: la travesía de Bremerhaven a Honolulu costaba mil francos, una verdadera fortuna. ¿Podía la congregación perder semejante suma?. En Bélgica los picpucianos ya habían tenido que cerrar sus escuelas por falta de dinero. En Francia el gobierno anticlerical trataba de atajar los donativos a las órdenes religiosas; además la congregación soportaba tres procesos en curso, y cada vez por razones financieras. La misión hawaiana tenía necesidad de obreros y una pérdida de mil francos era intolerable. La solución al problema era simple, explicaba Damián: era suficiente que le dejaran tomar la plaza de Pánfilo.

El general Euthyme Ruchouze se acordaba de este flamenco ligeramente regordete, con quien había realizado, dos años antes, el viaje de París a Louvain. El hecho de que de Veuster diese prueba de iniciativa y razonase financieramente era positivo, sus argumentos parecían lógicos. A contrario, ni Clément ni Liévin, eran sujetos especiales y Damián debía hacer aún sus pruebas. A consecuencia de la defección de Pánfilo, se necesitaría por tanto enviar a Hawaii tres "candidatos de calidad inferior", esto era mejor que nada. El superior general escribió dos misivas: una a Honolulu - que expidió por correo rápido - para prevenir a Mons. Maigret de que no alimentara grandes esperanzas, porque entre los cinco hombres que le enviaba, tres no eran aún sacerdotes; la segunda destinada a Wenceslas le daba la orden de dejar partir a Damián.

Se aproximaba el día de la marcha y Pánfilo continuaba clavado en el lecho. Damián se encontraba en el comedor cuando Wenceslas se precipitó sobre él y arrojó una carta sobre la mesa gritando: "Es bien tonto por vuestra parte el

desea partir antes de ser sacerdote". Damián no respondió, metió la carta en el bolsillo y corrió a la celda de Pánfilo. "Me voy en vuestro lugar, me voy en vuestro lugar", le anunciaba lleno de gozo a su hermano.

Quedaban dos días ante de la partida para París, apenas el tiempo para despedir a sus padres. Fue a verlos al misma tarde, anunciándoles sin preámbulos que se machaba para siempre. Al oír estas palabras, su padre e encerró en su habitación. Cato, que se había hecho a la idea de perder a Pánfilo, debía en estos momentos renunciar a su benjamín. La mujer de Léonce, Marieke, propuso hacer una rápida peregrinación a Montaigu. El crepúsculo ya había caído, pero si se ponía en camino inmediatamente, podría pasar la noche en el molino de Víctor y Constance, lo que permitiría a Jef por última vez a su hermana. El futuro misionero abrazó a su familia y salió, seguido de su madre ya torpe por los años. y su cuñada a punto de dar a luz, En el cruce de caminos, se volvió y vio la sombra de su padre detrás de la ventana. Jef levantó la mano, Frans apagó inmediatamente la lámpara. Habiendo pasado la noche en casa de Constanza, llegaron al santuario mariano con tiempo antes de la primera misa, tuvieron solo el tiempo de hacer el vía crucis y de orar cerca de la estatua milagrosa, antes de asistir al oficio. Damián estudió la cúpula de la iglesia minuciosamente, memorizando todos los nombres de la Virgen que estaban inscritos en ella [en cada una de las estrellas que la recubre exteriormente]

Cuando se hizo tiempo de partir hacia Tremelo, Jef caminó muchas veces hacia atrás para grabarse la imagen del santuario el mayor tiempo posible. A la cuñada, que le preguntaba en qué pensaba, respondió: "Ya no veré nunca jamás Nuestra Señora de Montaigu. Le he pedido queme obtenga de nuestro Señor la gracia de trabajar doce años en su viña". Entonces vio el omnibus de Lovain e hizo señal al conductor de que se parara.

- "Voy a salir ahora, dijo a su madre. Es inútil volver a Tremelo.
- Como tú quieras", respondió Cato resignada.

Abrazó a Marieke, que se puso a llorar, y a su madre que, como él, estaba impasible, cuando declaró: "Madre, adiós, hasta el cielo". El conductor hizo restallar su látigo y Jef levantó un dedo en el aire detrás de la ventana. Marieke comprendió que mostraba el celo, no se volverían a ver sobre la tierra.

La despedida de Pánfilo fue penosa, pero el hermano pequeño estaba persuadido de que su hermano mayor no tardaría en juntarse con él. Desde su lecho, el enfermo pidió a su hermano que cogiera su ejemplar de la Theología moralis de Alphonse de Liguori, que se la dedicó en francés: "Hemos vivido siempre juntos, ahora nuestras vidas se separan. ¿Cuántas veces en mi vida no volveré a ver tu recuerdo? Pasarás tu vida en Oceanía, la mía yo no sé donde. Somos felices viajeros en la tierra. La abnegación debe de ser la que solo nos guíe. Después de nuestra muerte, nos volveremos a ver en el cielo. Pánfilo, 22 octubre 1863. Esta obra, declaró Pánfilo, será bien útil a Damián, cuando los

"salvajes" le confiesen los pecados más atroces, porque era importante determinar la penitencia adecuada.

Damián fue al despacho de su superior para recibir las últimas consignas; en sus prisas olvidaron os dos redactar un acta oficial por la que Damián legaba su herencia a la congregación.

Los cinco días en París fueron agitados. Un sastre le hizo unas cuantas sotanas, un zapatero le confecciono zapatos. Damián no tuvo que ocuparse de sus bagajes, los hermanos conversos cómo empaquetar todo lo más racionalmente posible. Después Damián paso por un fotógrafo que sabía cómo evitar las sombras del rostro que partían para lo trópicos - aventureros, soldados, exploradores y misioneros - morían jóvenes y su foto sería el solo recuerdo perdurable. No resultó ser un pequeño asunto sin importancia el hacer posar a Damián: el joven adoptó una pose artificial, imitando el retrato de Francisco Xavier. El santo patrón de los misioneros ¿no había escuchado sus plegarias?

En el transcurso de los tres días de retiro que siguieron, Damián y sus compañeros rogaron al Señor que le concediera una buena travesía. El superior general les puso en guardia contra la inevitable depresión que seguiría a euforia inicial y contra las tentaciones sexuales a las que se verían expuestos. Al comienzo, la caza de las almas estaría coronada de éxitos, pero esto sería de corta duración, porque los convertidos volverían a caer en sus antiguas prácticas. Este fracaso hacía mella en todos los misioneros que dudaban entonces de su vocación, pero era en el momento en que tocaban fondo cuando la salvación estaba próxima; no debían jamás que la gracia era muy larga en su obrar. La Regla quería también que jamás ocuparan un puesto, que estén al menos dos. "La soledad no es buena" les previo el superior general, quien subrayó también la presencia de otro peligro: La amenaza protestante era siempre muy grande en las islas Sandwich; debían enseguida ponerse a pelear.

El día de la gran partida, el jueves 28 de octubre varios superiores les escoltaron hasta la estación del Norte, donde les esperaban una montaña de bagajes, que llevaban la inscripción "B.H. Molokai, Hawaiian Islands. Al día siguiente después de mediodía, después de la travesía del sur de Bélgica y de Alemania, el tren entró en la estación marítima de Bremerhaven, desde donde vieron el majestuoso velero de tres palos R.W. Wood. Sobre el muelle, un frío húmedo les golpeó la cara. Porteadores llevaban a cuestras cantidades de maletas y de baúles hacia la pasarela, donde el capitán deseó la bienvenida a los eclesiásticos. Este hombre de veintiocho años parecía tener una buena cuarentena, de tal modo tenía el rostro tostado. Les explicó brevemente que el R.W.Wood era una construcción hawaiana, que el pabellón que enarbolaba era una mezcla de banderas francesa, americana y británica y que las ocho rayas simbolizan las ocho islas habitadas que componían el reino.

A pesar de la amabilidad del capitán, surgió un problema lingüístico. Su francés era malísimo, pero esta lengua era la única que conocían los religiosos

franceses del grupo. Esta situación no podía prolongarse, por tanto Geerke les manifestó que a bordo había que hablar inglés, la lengua vehicular del archipiélago.

Los misioneros descendieron la escalera que llevaba al entrepuente. Conformes con el deseo de Mons. Maigret, la cámara había sido dividida en dos compartimentos, de modo que se reservase una zona distinta a un grupo de diez hermanas que hacían la travesía. Fuera de los marineros, no había más que un pasajero, un pariente del capitán. La joven esposa de Geerke iba, también ella, de viaje. El capitán aseguró inmediatamente al grupo de religiosos: a pesar de su juventud, era esta la novena travesía para Hawaii. Sus pasajeros podían tener en él confianza, pero ordenaba dos exigencias: no había que distraer de su trabajo a los diecisiete miembros del equipaje y en modo alguno permitía hacer proselitismo a bordo. El capitán era por su parte luterano y la mayoría de sus hombres protestantes o increyentes. Chrétien Willemsen y la madre Judith fueron designados como responsables de la comunidad y, por ello, los únicos que podían tener contactos entre los dos grupos. En ningún momento los hermanos podían dirigir la palabra a las hermanas. Damián, que observaba a las jóvenes mujeres, sentía que "mostraban un coraje verdaderamente heroico".

"Estaremos en el navío como en un pequeño convento - consignaba - todo en él será reglamentado como en Louvain. Tendremos aquí nuestras horas de oración, de estudio y de recreo reglamentadas hoy mismo en la sala que nos sirve para comedor, para estudio y para todo cuanto tenemos que hacer". A cada uno de los miembros de la pequeña comunidad se le asignó una responsabilidad específica; Damián fue encargado lavar la ropa y nombrado sacristán.

Tuvieron amplia ocasión de inspeccionar el contenido de los baúles marcados B.H. Molokai. "Me parece que tendremos ropas al menos para tres años", constató Damián en alta voz. Oyó inmediatamente a las hermanas que reían en algunas cabinas más alejadas - el barco hacía de caja de resonancia - y se prometió hacer en adelante sus comentarios en voz baja.

Damián tuvo tiempo e escribir su carta de despedida a sus padres. Comienza por una narración impersonal del viaje, pero después pasa a ser lírico: "Hemos aquí, mis queridos padres, a punto de dejar o solamente a nuestros padres y madres, hermanos y hermanas, no solo a nuestra segunda familia, es decir, a nuestros compañeros de Louvain y de París, sino a la misma bella tierra de Europa para convertirnos en habitantes de un mar borrascoso y dispuesto a tragarnos, para ir a vivir con hombres incivilizados y bajo ciertos aspectos semejantes a las bestias. El sacrificio es grande para un corazón que siente un tierno afecto por sus padres, su familia, sus compañeros y este país que lo vio nacer. Pero la voz que nos ha invitado, que nos llama a hacer generosamente esta ofrenda de todo cuanto tenemos, es la voz de Dios mismo. Es nuestro Salvador mismo que nos dice como a sus primeros apóstoles "Id y enseñar a todas las naciones [...]", Estas son las últimas palabras de nuestro Divino Salvador que son para nosotros muy consoladoras. Jesucristo está de una manera particular con los misioneros. Él es quien dirige todos sus pasos, quien

los preserva de todo peligro. Es el quien ordena al viento que se calme, a la mar que se someta, a las bestias feroces que huyan, a los enemigos espirituales, el diablo, el mundo y la carne que nos dejen en paz [...] Las gracias ligadas al estado de misionero son tan fuertes que las mayores dificultades y obstáculos no le turban. Ya la protección de Dios se hace sentir en nosotros porque en el momento de lanzarnos en medio de una mar agitada, no solamente no tenemos miedo como les sucede a menudo a los navegantes, sino que poseemos un felicidad inconcebible. Cuando estamos una media hora juntos, estamos a menudo cansados de reír y de contar bromas [...] Adiós, queridos padres, en adelante no tendremos la felicidad de abrazarnos, pero permaneceremos unidos por los tiernos afectos que nos animan los unos a los otros. En nuestras plegarias, sobretodo, pensemos los unos en los otros y unámonos siempre a los sagrados corazones de Jesús y de María, en los que sigo siendo siempre vuestro hijo afectuoso. J. de Veuster

Hubieran debido tomar el navío el sábado, pero el viento cambió. Damián tuvo aun tiempo para añadir algunas líneas a su carta: envía la lista a los que deberían entregar su fotografía. Vencido por la emoción, pasa a escribir en neerlandés para pedir a sus padres que recen cada noche el rosario a su intención, después termina: "Adiós, oh queridos padres, adiós. Vivan siempre como piadosos cristianos, que jamás se manche su alma con un pecado mortal. Sigán siempre el camino recto. Es la última cosa que les pido, prométanmela y me quedará con la certeza de volver a verles en la patria celeste. Adiós, que el cielo les bendiga en su ancianidad, que la Virgen Santa les conceda una santa muerte y sean así felices por toda la eternidad. Esto es lo que yo pediré cada día. Adiós, les abrazo muy afectuosamente". El 2 de noviembre, durante la misa de difuntos, el navío quedó presto para zarpar. En la embarcación la embocadura del Weser la embarcación se puso a girar. Damián que quería ver el mar, sufrió de náuseas; el viento empezó a soplar hacia el interior del puerto y durante ocho días el joven "flamenco" estuvo clavado en la cama por el mareo.

Finalmente, el 8 de noviembre, el remolcador guió al navío a través de los últimos bancos de arena: habían alcanzado las aguas profundas. El piloto les dejó deseándoles "Gute Fahrt". Mientras los marineros entonaban el Musz ich denn - una oda a la novia que se quedó en tierra - , las velas se abatieron con un pesado choque. La vuelta era ya imposible.

Los primeros días estalló una violenta tempestad, y todos los religiosos tuvieron que meterse en la cama, a excepción de dos hermanas flamencas que se mantenían en pie y se encargaron de evacuar de las cabinas los recipientes vomitivos.

La travesía de la Mancha fue excelente, la mar calma respetó el estómago de los pasajeros. Las bromas, entorno a la rivalidad entre belgas y franceses, estallaban sobre el puente.

Damián estaba muy activo. Cuando un marinero agotado descansaba, aprovechaba para explicarle por qué el luteranismo era una herejía. Geerkese

impuso: la predicación no debía comenzar más que en Honolulu, no quería oír hablar de ello a bordo. La política también era un objeto tabú, porque el capitán era un ardiente defensor del Risorgimento; sostenía las tesis de Garibaldi opuesto a la existencia de los Estados Pontificios.

Geerke utilizaba una manobra de diversión. Cuando tenía un poco de tiempo, hablaba a los religiosos de su futuro destino. El término polinesio kanaka - que designaba a los hawaianos y a su lengua - significaba de hecho "hombre" y, por esto, había sido adoptada por numerosas poblaciones del Pacífico. Hasta el descubrimiento del archipiélago por el capitán Cook en 1778, la población estaba dividida en "hombres sumisos" y "alii" o aristócratas. Si, por accidente, un kanaka proyectaba aunque no fuera más que su sombra sobre una parte del cuerpo de una persona real, se le castigaba con la muerte. Los kanakas debían plegarse a códigos que se apoyaban en tabúes llamados kapu. Por ejemplo, las mujeres no podían comer bananas, ni consumir alimentación en la "choza de los hombres". Los guardianes de estas reglas a menudo tan fútiles eran los kauna o sacerdotes. Su función no era solamente sancionar las infracciones, gestionaban también, en cada isla, asilos donde podían refugiarse los heiau o templos para sacrificios, en los que hasta 1819 - y aún hasta 1863, como se rumoreaba - habían tenido lugar sacrificios humanos. En el golfo de Gascogne, el viento se cambió en tempestad. La situación mejoró cuando llegaron al trópico de Cáncer. Sobre las alas de los alisios, el R.W.Wood adquirió una velocidad estable a partir del 10 de diciembre. Como el calor no cesaba de aumentar, los pasajeros pasaban sus jornadas en el puente, a la sombra de un gran toldo extendido entre dos mástiles, que servían igualmente para recoger agua de lluvia y para asegurar una reserva de agua dulce.

El viaje era bastante monótono. Después de las islas de Cabo Verde, ya no hubo más que el barco, el cielo azul, un chaparrón de vez en cuando y la mar sin fin. Bancos de delfines jugaban alrededor del navío. Los marineros intentaban atrapar un pez con el arpón; pez espada o pulpo, toda "carne" fresca era bienvenida, porque los corderos y los cerdos guardados en los cuchitriles sobre el puente adelgazaban por días.

A Damián le gustaba moverse con los marineros, trepar por las jarcias o izar y arriar las velas; estos ejercicios le calmaban y le permitían tener una actividad física, porque, como la mayor parte de los pasajeros, sufría de catarros, debido a una alimentación pobre en lípidos y a la falta de movimiento.

Ahora que la navegación había llegado a ser agradable el capitán informaba a sus pasajeros sobre el país hacia el cual les llevaban las velas. El capitán Cook llamado a las islas nuevamente descubiertas según el M. John Montagu, Earl of Sandwich, que dirigía en la época el almirantazgo británico; en consecuencia los ingleses las llamaban islas Sandwich. En cuando los americanos y la mayoría de los franceses, habían optado por Hawaii, del nombre de la más grande de las islas. Poco después del asesinato de Cook por los kanakas, Kamehameha, el hijo de un potentado local, se rebeló.

En 1796, llegado a adulto, el joven emprendió una guerra de conquista con la ayuda de los marinos británicos que se habían casado con hawaianas de alto rango. Equipados con armas de fuego, dominaron primero la isla de Hawaii, de la que era originario Kamehameha, y libraron una importante batalla cerca del volcán en actividad, el Mauna Loa, sobre el flanco sur en el cual uno de los jefes enemigos había plantado su campamento. A pesar de la superioridad numérica del adversario. Kamehameha alcanzó la victoria, que atribuyó a Pélé, la diosa del volcán. Ella apareció en plena noche, como una nube gigantesca; la tierra tembló, lava roja se escapó de la boca del cráter y gruesos bloques de rocas fueron proyectados por los aires, enterrando a las tropas enemigas bajo la colada de lava o ahogándoles en el gas deletéreo con que las rodeó la diosa.

Después de Hawaii, Kamehameha se adueñó de todas las islas. Todas las potencias extranjeras sostenían al Napoleón local, porque estas islas eran de una gran importancia estratégica. Tanto Gran Bretaña, como Francia, los Estados Unidos y Rusia querían meter mano sobre los Pearl Lochs, cerca de Honolulu, esos fiordos constituían una base ideal para la hibernación de su flota.

Una cuestión delicada era la de saber quién había convertido a los hawaianos. Cook seguramente que no, en quien los autóctonos la encarnación del dios Lono, de quien se creía verle volver sobre una extraña embarcación. Cuando las chalupas del capitán hubieron entrado en una bahía de la Isla Grande, las mujeres hawaianas habían nadado desnudas en su dirección y se habían ofrecido sin escrúpulos a los dioses blancos, dando lugar a una gran orgía, que no había durado solo esta noche sino todo el invierno 1778. Las mujeres llevaban orgullosas el feto de los blancos, pero los médicos locales se vieron incapaces de curar con sus hierbas la sífilis y las otras enfermedades sexuales transmisibles que no conocían hasta entonces la población polinesia y que la diezmaron.

En verano, Cook navegó hacia el norte. Volvió a Hawaii en otoño 1779, a Hawaii, donde sucumbió durante una refriega con la población local, que, desde entonces, no le consideró más como un dios sino como un conquistador que había introducido un cortejo de enfermedades que ponían en peligro la raza hawaiana.

Bajo los trópicos los pasajeros de sexo masculino dormían con los marinos en las hamacas colgantes sobre el puente. Las hermanas que, por razones de decencia, se veían forzadas a pasar la noche en sus cabinas recalentadas, se veían obligadas a pasar la noche en sus cabinas recalentadas, prolongaban las tertulias bajo las estrellas.

El capitán les contaba cómo, desde 1810, Kamehameha el Grande reinaba sobre el archipiélago. Sus nuevos enemigos se hacían pasar a menudo por amigos, porque, cuando la noticia del descubrimiento de estas islas paradisíacas se conoció en Europa, tanto las expediciones militares como los aventureros pusieron rumbo al Pacífico. El capitán británico Vancouver, que

sucedió a Cook, ofreció a Kamehameha animales bovinos. No sabiendo qué hacer de este regalo, el soberano dejó a estos animales pacer en libertad sobre las plataformas y hierba de la Isla Grande (o Hawaii). Los rebaños volvieron al estado salvaje y muy pronto representaron una amenaza para la población. El rey encargó al desertor británico John Parker capturarlos y le autorizó a guardarlos. Como este último tenía necesidad de pastos, reclamó las altas tierras que tenían la amplitud de una provincia. El soberano, que consintió igualmente en el matrimonio del aventurero con una hawaiana de alto rango, le donó la mayor propiedad territorial de las islas.

La cría de ganado sin embargo no era la primera industria del archipiélago. En las ciudades como Honolulu en la isla Oahu, Lahaina en Maui, y Kailua o Hilo en Hawaii, el hampa de raza blanca había establecido comercios para acoger a los navíos que arribaban allí. Estos individuos enseñaron a beber y a fumar a los nativos e introdujeron la noción de "prostitución" en el rico mundo sexual de los polinesios.

El comercio de la olorosa y médica madera de santal muy buscado por los chinos, constituía una verdadera industria. Los vastos bosques de Molokai fueron despoblados en un tiempo mínimo, pero como no se procedió a la repoblación, este negocio se acabó pronto.

Las ballenas que venían a hibernar en la proximidad de las islas fueron la presa de los balleneros sin escrúpulos. Los grandes cetáceos eran sinónimo de riqueza: se ponía a secar su carne, se utilizaban sus huesos para la fabricación de corsés pero sobretodo se recogía su aceite para alimentar las lámparas. Las prácticas de estos bandidos no hicieron más que reforzar en los nativos la idea según la cual la civilización europea moderna vivía del alcohol y del amor tarifado.

En 1820 los directores del Movimiento misionero congregacionista protestante decidieron enviar un primer grupo de predicadores a Hawaii. El joven Kamehameha II había sucedido después de un año a su padre, pero el soberano efectivo era Kaahumanu, la mujer preferida del fundador, Kamehameha el Grande. Ésta, convencida de la importancia de saber leer y escribir, deseaba que los alii dominaran lo antes posible estas disciplinas. Pero los misioneros no se contentaron con enseñar estas materias a los niños de los jefes en su escuela de Honolulu, y más tarde de las otras islas, sino que les enseñaron también la noción de "puritanismo": no estaba permitido trabajar en domingo, el alcohol y el tabaco eran invenciones diabólicas y la prostitución un pecado mortal.

Hacia 1850, la mayoría de los balleneros prósperos partieron bajo otros cielos, porque el mercado se hundió, a consecuencia del descubrimiento del medio de fabricar el aceite de parafina y otros derivados del petróleo que ardían de manera más constante y apestaban menos que el aceite de ballena. Felizmente, en ese momento, se desarrolló la industria del azúcar. En 1845, el rey Kamehameha III autorizó la creación de una plantación industrial de la caña de azúcar en la isla Kauai. El negocio vegetaba porque el propietario no

"regaba" suficientemente al jefe local. Fue entonces cuando el doctor R. W: Wood - propietario del navío sobre el que navegaron los religiosos - se convirtió en el accionista principal del negocio moribundo y la tomó a su cuenta. "Agradeció" al jefe, pagó mejor a los obreros y acrecentó el rendimiento. La plantación llegó a ser tan productiva que Wood creó, en la isla de Maui, una segunda explotación concebida según los métodos más modernos.

Uno de los contramaestres de Wood puso apunto una centrifugadora que permitía separar el azúcar de la melaza, una invención cuyos beneficios permitieron al médico comprar su navío. Al marchar, la bodega se llenaba de toneles de aceite de ballena y a la vuelta Wood importaba de Alemania máquinas y herramientas

Cuando la guerra civil estalló en Estados Unidos, el norte privado de azúcar que provenía de los estados sudistas, se aprovisionó de Hawaii. Pero los isleños, que no resistían la penosa labor en la plantaciones de caña de azúcar, o porque, al parecer de los vigilantes, eran rebeldes al trabajo y perezosos, cayeron masivamente enfermos o fueron segados por la muerte. Los políticos blancos que asistían al rey, decidieron entonces importar mano de obra extranjera. Así fue como obreros cualificados fueron llevados de Portugal y de Madera principalmente, mientras que en los años 1860 cargamentos de trabajadores no cualificados provenientes de China y más tarde de Japón invadieron los puertos del archipiélago.

(Sigue con el viaje) El tiempo permaneció fijo y bueno hasta el momento en que los alisios del sudeste cambiaron bruscamente a este sudeste. El 5 de enero, Damián vio un muro de agua caer sobre el navío y golpear la embarcación como un gran latigazo. Rayos blancos rayaban las crestas de franjas de espuma de mar que había cambiado a negro azabache, los cordajes chirriaban, canales profundos como precipicios se abrían en la superficie de las aguas. La proa se hundió en la sima abierta, antes de escalar de repente, casi en vertical, una nueva montaña de agua.

La tempestad fue de corta duración a la altura de la islas Falkland (o Malvinas), Chrétien - que había sufrido atrozmente del mareo - estaba bastante restablecido para celebrar una misa en memoria de los Hermanos y Hermanas de Picpus que, en 1842, habían naufragado posiblemente en estos parajes con el Marie-Joseph. El navío había sido visto por última vez sobre una isla de la costa brasileña, donde fue enterrada una religiosa. Geerke aseguraba que la viuda del capitán desaparecido estaba convencida que habían abordado las islas Marshall, en las que habrían sido devorados por los caníbales. En 1843, se perdió toda esperanza de encontrar restos del barco, y Louis Maigret había sido consagrado obispo de Hawaii.

Los futuros misioneros rezaban intensamente, porque se aproximaban al cabo de Hornos, el punto de encuentro de los dos océanos de altura desigual. Ninguna montaña, ningún relieve detiene allí al viento que sopla sobre la latitud más austral; el cabo de Hornos, al decir de los marineros, era una orgía

de agua sobre un lecho de arrecifes maquiavélicos y de formaciones rocosas sobresalientes.

Al día siguiente la situación empeoró, el navío era bamboleado sobre montañas de agua. Pero esta tempestad también se calmó y cuando el puente volvió a estar bastante estable para los pasajeros, el pequeño grupo atravesado por el frío volvió a la superficie.. El 20 de enero, vieron con gran alegría, un masivo nevado: ¡la Patagonia! El sol brillaba y la pequeña brisa que soplaba era muy agradable.

El navío costeaba la Tierra de Fuego, un país de montañas áridas que brillaban bajo un cielo irreal. Era una bendición de Dios poder doblar el Cabo de Hornos con buen tiempo, estimaban los pasajeros. Pero el capitán Geerke se mantenía vigilante, hacía continuamente verificar todos los cerrojos, poleas, mástiles y velas y no cesaba de escrutar el cielo a larga distancia. Permanecía en el puente, cuando vio las nubes abatirse sobre el barco y un mar partido hincharse de espuma. Ordenó secamente a los pasajeros colocarse en el antepuente y no encender ni fuego ni luz, porque las olas partidas vendrían sobre ellos; la travesía de un huracán marino era una experiencia terrorífica.

Geerke hizo derivar el navío doscientas millas hacia el sur, para apartarse de esos traidores escollos submarinos. El 2 de febrero, día aniversario de la entrada de Damián en la congregación, el viento se apaciguó, pero la mar no se calmó: el velero fue arrojado en el Pacífico sobre las crestas de masas hinchadas. El capitán agarraba .: fuertemente la barra y estudiaba con atención la línea de las olas. Felizmente, porque dio justamente a tiempo la orden de arriar las velas: un instante más tarde, se habría arrancado un mástil. Una nueva tempestad había atacado el navío.

A partir del 14 de febrero, los alisios hicieron por fin la navegación más calmosa. El problema que se presentaba entonces a los religiosos era fútil en comparación con lo que habían vivido: se quedaron sin formas para la celebración. Una de las religiosas conocía bien una receta para fabricar la pasta, pero no disponía de ningún molde. Damián, nunca corto de ideas, imaginó emplear la tapadera de una caja de cera; los hostias fueron perfectas, a pesar de una gustillo un poco raro.

Se aproximaban a Hawaii y el capitán no tenía grandes cosas que contarles. Los pasajeros sabían que los nuevos soberanos eran en ese momento Kamehameha IV y la reina Emma. Tenían un hijo, llamado Alberto, como su padrino, el príncipe consorte de Gran Bretaña, el esposo de Victoria. Los misioneros se equivocaban si creían que desembarcaban en un país de caníbales: el rey estaba asistido por un gobierno.; había una Cámara alta o Cámara de nobles y una Cámara baja compuesta por representantes elegidos, mayoritariamente blancos. Hawaii poseía un ejército, un cuerpo de policía y una Corte suprema. Correos funcionaba sin problemas. Cada isla estaba administrada por un gobernador, y un shérif blanco dirigía allí la policía. La mayor parte de los niños seguían la enseñanza primaria que era obligatoria. Los religiosos constatarían a su llegada que la aduana inspeccionaría sus

bagajes y les impondría una tasa de importación. Como el archipiélago había acumulado una fuerte deuda nacional, se trataba de un país civilizado.

El 17 de marzo, vieron una nube que flotaba sobre el agua; esta nube se convirtió en una isla: "Awaia", consignó en su diario Damián. Distinguieron los lados del volcán Mauna Loa, que tenía cinco mil metros de alto. Por la noche bordearon un muro que emergía de la bruma y por la mañana, vieron Maui: las casas de la ciudad portuaria de Lahaina era el primer signo de civilización que podían contemplar después de meses. La isla siguiente era la de Molokai: las cascadas se precipitaban desde lo alto de los acantilados entre junglas espesas, los arcos iris se sucedían. Se pusieron todos malos durante la travesía encrespada del canal de Kaiwi, que separaba Molokai de Ohau.

El 18 de marzo por fin en la tarde, bordearon la costa de esta isla. Desde que apareció la forma del volcán extinguido Diamond Head, los albatros que habían seguido el navío desde el cabo de Hornos, volaron a tiro de ala hacia la tierra firme. La aduana y los servicios de remolque estaban ya cerrados. Geerke tuvo que echar el ancla cerca de arrecife que se encontraba ante Honolulu. Detrás de la franja de espuma, se descubría una ciudad tropical con calles en línea rectilínea que subían al asalto de la colina. Antes de ir a sus cabinas, los pasajeros admiraron la puesta del sol sobre el mar, que nimbaba la isla de un color dorado. Al día siguiente 19 de marzo - día de San José, el patrón de Damián - , desembarcaron.

Durante la tarde del 18 de marzo, el navío había bordeado la ciudad portuaria de Lahaina, en la isla de Maui. En ese momento, el padre Aubert Bouillon, un veterano, visitaba una parroquia algunas millas de la ciudad. Había escuchado y aconsejado a los kanakas, porque era, entre todos los misioneros, el que comprendía mejor a los polinesios. Al ponerse el sol, cuando ya el R. W. Woods estaba anclado ante el arrecife de Honolulu, este francés había vuelto a su casa a caballo, a través de las plantaciones de caña de azúcar. Puso pie a tierra ante su nueva iglesia de madera y llevó a su caballo al prado. Moisés, uno de los convertidos, irrumpió gritando al sacerdote que viniera rápidamente. "Pilomena Keamiami, repetía. Awiwi, de prisa. Ella se muere, casi make, casi muerta. Pilomena, la hermana de mi hermano".

Toda la familia se encontraba ante la choza, el clan velaba a la moribunda. Aubert entró. La joven mujer parecía dormir, su respiración era tranquila y sano el color de su cara. Exteriormente, parecía estar bien, pero el misionero no consiguió despertarlas. Echó rápidamente una ojeada al exterior, temiendo que este fenómeno no fuera obra de un brujo negro, un kahuna ana ana. Los hawaianos creían en la maldición de los muertos vivos; el único medio de contrarrestar los efectos del veneno era velar y rezar. La mujer no estaba en peligro de muerte, era inútil administrarla dos últimos sacramentos.

Las horas pasaban: una multitud se había reunido en masa fuera y dentro de su choza, Pilomena permanecía bajo el dominio de un sueño comatoso. Fatigado, el sacerdote se decidió a tomar los santos óleos y comenzó a recitar el acto de fe, después con el dedo ungió los ojos de la mujer. "Recibe esta

unción, Pilomena, dijo con una voz tensa. Este sacramento te dará el perdón y fortalecerá tu alma. Si Dios lo quiere, dará la salud a este cuerpo". Pilomena abrió los ojos y miró fijamente al sacerdote. Viendo que sucedía algo anormal, Aubert le ungió los labios con una cierta aprensión. La mujer bostezó, después se sentó.

Aubert narra el diálogo siguiente:

- ¡Ah!, pero no estoy ya donde estaba, dijo ella.
- ¿Dónde estabas?
- Estaba en la catedral de Honolulu, respondió ella.
- ¿Qué es lo que has visto?, le dije.
- He visto sacerdotes y religiosas, y medió el nombre exacto.

Le dije que sin duda era Lui ka Epicopo [Mons Maigret] y Petero [el superior provincial Modesto]. Ella me dijo que no, que eran nuevos llegados" Aubert pidió otros detalles, pero la joven mujer cerró los ojos. Volvió a su casa imaginando los fenómenos sobrenaturales que se producían a veces en Hawaii.

El 20 de marzo, domingo de Ramos, Hawaianos y haole (blancos) agitaron las palmas benditas; dispusieron la mitad sobre el camino de la procesión, reservando la otra mitad para colgarlas encima de la entrada de la casa.

Aubert y su compañero el padre Grégoir Archambaux volvían de comer, cuando entró un visitante que había desembarcado en Honolulu. Traía noticias: diez hermanas y seis padres acababan de llegar. Aubert palideció. "¿Se ha cantado un Te Deum en la catedral?", le preguntó. El hombre respondió afirmativamente y le dijo también que Mons. Maigret no estaba presente en la ceremonia.

Capitulo IV

ORDENACIÓN EN HONOLULU 1864

El sol se levantaba por detrás del pali - el acantilado colocado al fondo del litoral detrás de la ciudad - recubriendo de oro las colinas. A derecha, el pequeño cráter redondo de Punchbowl recordaba a los pasajeros que estaban en terreno volcánico. Los marineros no se interesaban en la opulenta vegetación tropical, no hablaban más que de ciertos bares y del barbero real que afeitaba desde muy cerca y más aún de los vahines.

Los misioneros les lanzaban miradas de reproche, pero al primer signo del capitán, todo el equipaje se puso al trabajo celosamente: debían preparar el desembarco de este 19 de marzo 1864.

Una gran agitación reinaba sobre el muelle. Damián, que era miope pero veía muy bien de lejos, distinguía ya a las mujeres de larga ropa flotante - llamada muu muu u los hombres en pantalón amplio, a menudo con el torso desnudo.

La pequeña chalupa Pele que llevaba el nombre de la diosa del volcán, escupía penachos de humo sobre la superficie llana de las aguas azules. El piloto montó a bordo del navío, saludando a cada uno con un gran "Aloha". Los pasajeros despeinados, mal lavados, bronceados por el sol y el gran aire, se reunían alrededor de este hombre que hablaba inglés y les daba a conocer las primeras noticias después de cuatro meses y medio de navegación. Les informó brevemente que el príncipe heredero Albert había sucumbido a una infección pulmonar, contraída cuando su padre había intentado calmar con agua fría uno de los accesos de cólera de este niño mimado. El mismo rey, u notorio alcohólico, había muerto de despecho poco después. Su hermano le había sucedido bajo el nombre de Kamehameha V; había decidido modificar la Constitución y remplazar el sufragio universal por un derecho de voto reservado a solo los ciudadanos capaces de leer y de escribir y en posesión de bienes. Una guerra civil arrasaba los Estados Unidos y las tropas nordistas habían perdido doce mil hombres en la batalla de Fredericksburg. El piloto tuvo que pararse ya, porque debía o más rápidamente posible remolcar el navío, otros barcos aguardaban su turno.

El velero penetró lentamente en el puerto. Hombres y mujeres descendían el muro color de lava de la explanada y montaban en estrechas canoas, agitando la mano en dirección de los recién llegados. Los misioneros constataron, para su gran alegría, que la mayor parte llevaban un rosario colgado del cuello y les hacían signo de que descendieran en su piragua. Damián estaba preparado para responder a su invitación, pero Chrétien se lo prohibió; debían tomar las chalupas oficiales, porque, antes de desembarcar, debían todavía pasar por la aduana. Esto fue una simple formalidad y, muy pronto los misioneros se encontraron sobre el muelle, empujados por gentes de piel morena que hablaban una lengua incomprensible y querían darles la mano. Avanzaban difícilmente, tenían la impresión de que la tierra firme se balanceaba.

Un hombre de unos cincuenta años, de frente ancha y mirada sumisa, se dirigía hacia ellos gritándoles en francés: "¡Los bienvenidos!" Modesto Favens, el superior provincial, se sintió feliz al ver a los recién llegados "con buena salud y frescos como rosas". Les pidió que excusaran al obispo que, ante la llegada adelantada del navío, estaba aún al otro lado de la isla, pero no tardaría en unirse a ellos, habiéndole prevenido la víspera. No tuvieron tiempo de hacerse a esta situación, porque Modesto grito "Roma", la denominación hawaiana de la misión católica.

La muchedumbre les empujó hacia la colina, en dirección a Fort Street. Por todas partes, no había más que comercios de vivos colores; los comerciantes ofrecían frutos y legumbres desconocidos, pescado y collares de flores. Damián llevaba ya una media decena de ellos al cuello.

La catedral no estaba rematada por una alta torre, pero su pequeño campanil de tipo mediterráneo sostenía una gran cruz señalando el destino del edificio. Damián ignoraba todavía que la ausencia de torre era una necesidad en una región sacudida a menudo por temblores de tierra. Impresionado por todo lo que había visto, entró en la iglesia y se dirigió, en compañía de los Hermanos y Hermanas, hacia el altar donde se habría de cantar el Te Deum. Volviéndose, constató que el lugar santo estaba lleno y que los asistentes sonreían. El sagrario parecía de oro y ante la estatua de color pastel de San José había colocadas flores. ¿Era de verdad un misionero? ¡Este país parecía estar ya convertido!

Después del servicio solemne, los recién llegados fueron conducidos a la entrada principal del edificio, donde centenares de personas vinieron a darles la mano antes de acompañarles al patio interior del convento. Las hermanas se separaron de sus compañeros de viaje y llegaron a su propia casa.

La comida de cuaresma era perfecta: frutos y legumbres frescas llenaban ampliamente la falta de carne. De repente, puerta se abrió y entró un flaco sexagenario. Reconociendo la cruz episcopal en su pecho, Damián, Chrétien y todos los hermanos se levantaron como un solo hombre. El obispo les rogó que perdonasen su retraso; el agente comercial le había asegurado que el navío no llegaría antes de comienzos de abril y, cuando la misma mañana, se enteró de que el R. W. Woods, había anclado, había vuelto a Honolulu con el padre Arsene Walsch, pero la escalada del pali y la travesía de las montañas eran largas.

Mons. Maigret saludó con mucha amabilidad a sus seis nuevos misioneros., sin mostrarles las preocupaciones que le preocupaban. El clero católico de todo el archipiélago no contaba más que con dieciocho sacerdotes, en cuyo número se incluían varios veteranos ya gastados. El obispo tenía necesidad de fuerzas vivas, pero solo Chrétien estaba ordenado e iba a continuar su ruta hacia Tahiti. Los otros nuevos llegados no estaban suficientemente formados y, además, solo Clément, Liévin y Damián entraban en cuenta para recibir el sacerdocio. El prelado decidió conferirles lo más pronto este sacramento y combinar las ordenaciones.

El entusiasmo de Damián le sorprendió agradablemente; este último quería ponerse a trabajar desde el sábado por la tarde. El obispo le explicó que no recibiría su programa más que el lunes, que mientras tanto Modesto le podía enseñar la ciudad. El provincial atravesó primero el barrio próspero en que estaba situada la misión; allí habitaban los blancos y la aristocracia hawaiana, que vio pasar en majestuosos carricoches tirados por caballos de raza. La visita no interesaba verdaderamente a Damián, hasta que entraron en los barrios pobres, donde fueron haciendo el aseo de choza en choza. Le chocó la limpieza que reinaba en sus cabañuelas en la que las esteras de caña recubrían el suelo. Escribió en flamenco a sus padres: La tercera parte del archipiélago es ya católica, entre los que se encuentran gentes muy piadosas, que no temen el juicio de los hombres - casi todos llevan al cuello el rosario. No buscan ni oro ni plata, y piensan poco en el mañana. Les es suficiente comer su taro, un alimento indígena que no es demasiado costoso. No hacen

grandes gastos en vestidos. Los hombres no tienen generalmente más que un pantalón y una especie de camisa. Las mujeres una ropa larga sin costura, que cae recta".

Damián que quería aprender la lengua lo más pronto posible, utilizó un método seguro: hacía listas de palabras. Makua significaba "padre", Wai "agua", pilikia "peligro problemas" Modesto le explicaba que el hawaiano tenía pocas consonantes. y que su nombre sería sin duda deformado en Kamiano.

El domingo de Ramos, Damián se sorprendió ante la reacción muy espontánea de la asistencia al sermón del obispo: después de un momento de excitación, los fieles tomaron todos un aire sinceramente culpable, bajando la cabeza y los ojos. Estos parroquianos eran gente buena y ciertamente no salvajes.

El lunes, Damián vio el papel que le asignaban. Constató con gran alegría que, desde el lunes de Pascua, partiría con Clément y Liévin hacia el otro lado de la isla donde los picpucianos dirigían un colegio, donación del anterior rey. Allí seguiría un cursi rápido de lengua hawaiana, a la vez que se preparaban. bajo la dirección del veterano irlandés Arsene Wals a su ordenación que tendría lugar en mayo.

El Sábado santo, Damián fue ordenado subdiácono al mismo tiempo que Liévin. El hermano Clément no fue ordenado subdiácono al mismo tiempo, porque se temía alargar demasiado el tiempo

El Lunes de Pascua, la travesía del pali les llevó toda la jornada, porque Clément y Liévin eran jinetes inexpertos y el viejo padre Walsh se fatigaba pronto. La escalada del acantilado fue un calvario, el sendero que subía bordeando el precipicio era muy frecuentado. Caía la tarde cuando llegaron al colegio de Ahuimanu. Una alegre banda de muchachos se precipitó a su encuentro dando grandes gritos, no de "aloha" sino de "Good night"; en efecto, el uso del hawaiano estaba prohibido en la escuela, donde las lenguas vehiculares eran el inglés y el francés.

Walsh propuso al joven príncipe Albert Kuniakea, un bastardo del rey Kamehameha III, que fuera el tutor de Damián para el aprendizaje de la lengua hawaiana. Este muchacho turbulento, de diez años, un día ocuparía probablemente el trono, porque el hijo del precedente monarca había muerto y el actual soberano era un celibatario sin niños.

Damián se sorprendió al saber que la lepra arrasaba la población. No llevaba en Hawaii más que algunas semanas, cuando el Kamehameha V llevó la cuestión al Parlamento: "La recrudescencia de la lepra me oprime el corazón, declaró el soberano. El asunto es tan serio que son más que necesarias medidas decisivas.

Nuestro joven misionero ignoraba también que Hawaii era una monarquía constitucional, con separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial.

En 1834, el rey había reconocido los derechos inalienables del pueblo y el derecho a la propiedad, lo que abría, es verdad, la puerta a la propiedad privada, una noción que no existía entre los kanakas. Papa, es decir, la madre tierra pertenecía a todos. Los británicos, que no participaban en esta concepción, se habían anexionado las islas en 1841. Con sus cañoneras, los americanos y los franceses habían restablecido entonces la democracia inestable. Para reforzar su posición, Kamehameha II instituyó cinco departamentos ejecutivos: asuntos interiores, asuntos extranjeros, finanzas, enseñanza y justicia. Todos los hombres adultos obtuvieron el derecho de voto, lo que era muy progresista en una época en que el sufragio censuario [quien paga] reinaba todavía en Francia y en Bélgica. Pero el soberano no pudo hacer frente a la presión de los blancos, buscadores de oro que habían hecho fortuna en California o hijos de los misioneros protestantes que querían comprar las tierras para crear en ellas plantaciones. Fue obligado a aceptar el gran cambio - el Gran Mahele - que significaba la expropiación de la mayoría de los kanakas; una cierta parte de las tierras, generalmente las menos buenas, quedaron reservadas al pueblo, mientras que los alii se apropiaban de dominios enteros.

Estimando que los dos pretendientes al trono, sus sobrinos Liholiho y Lot debían aprender a conocer a los blancos el soberano les envió, bajo la conducta de algunos americanos, en viaje de estudios a Washington, Londres, París, pero los dos jóvenes se interesaron más por las "pequeñas horizontales" del bosque de Boulogne que por los tratados comerciales. En 1853, la situación fue de nuevo crítica en Honolulu: el USS Portsmouth amenazó con bombardear la ciudad si el rey no cedía su soberanía a Washington. Los barcos franceses y británicos que navegaban por el Pacífico se precipitaron en ayuda de la monarquía, pero no tuvieron necesidad de intervenir: la viruela se encargó de hacer desaparecer la amenaza. Se declaró una epidemia y todos los navíos abandonaron el puerto sobre la marcha. Al año siguiente, a la muerte de Kamehameha III, su sobrino Alexander Liholiho le sucedió con el nombre de Kamehameha IV e intentó salvar el reino moribundo concluyendo con los Estados Unidos un tratado comercial, que el Congreso americano rehusó ratificar.

Este soberano no reinó largo tiempo, murió sin herederos a la edad de veintinueve años, su hijo - el príncipe Alberto - había muerto poco antes que él. Desde su ascensión al trono, su hermano Lot - al presente Kamehameha V - abolió el 3 de marzo 1864, el sufragio universal. A consecuencia de esta decisión, el American Board of Commissioners for Foreign Missions, estimó que la misión protestante hawaiana era adulta y decretó que el cuartel general de Bostón no enviaría más dinero ni misioneros blancos a las islas. La escuela de Lahainaluna, instalada en la isla de Maui, formaba excelentes pastores indígenas que podían asegurar el relevo.

La enfermedad constituía el gran problema del archipiélago. A la llegada de los blancos en 1778, se estimaba la población polinesia en trescientas mil almas; en 1853, no contaba más que de setenta mil. El doctor Hillebrand, un médico alemán que dirigía el Queen's Hospital de Honolulu, puso en guardia a

las autoridades contra la epidemia de la lepra. Fue entonces cuando el rey Kamehameha V había llevado la cuestión al Parlamento. (pasa al texto III) - libro pg. 64